

## 11. El abrazo de Dios

Al meditar con Palestrina sobre el salmo 41, hemos abordado algunos temas fundamentales para la verdad de nuestra vida en Cristo que también he encontrado expresados en las tres frases de la iglesia de Chau Son Norte: el deseo, la expansión del alma ante el “TÚ” de Dios para el que ha sido creada, es decir, en la experiencia del abrazo de Dios; y, por último, la experiencia de que precisamente este itinerario nos conduce a un descanso sorprendente y compartido, que crea entre todos una armonía perfecta. Encontrar juntos la plenitud del corazón en Dios da plenitud a la comunión fraterna entre nosotros. Estar con Jesús es el paraíso, un paraíso de comunión fraterna y universal.

Este es el itinerario que san Benito plasmó en el camino de la vida monástica cenobítica, que comienza cuando Dios busca a un hombre que anhele la vida y la felicidad (cf. RB Prol. 14-15; Sal 33,13), pasa por el camino de la humildad fraterna, en el que “el corazón se ensancha y corre por el camino de los mandamientos de Dios” (RB Prol. 49), y se cumple al ser llevados todos juntos por Cristo a la vida eterna (cf. RB 72,12).

Cuando no se vive la vida cristiana y monástica con esta intensidad, se convierte en un camino sin sentido, que no acompaña a nuestra humanidad hacia la plenitud de vida con Cristo y en Cristo, por la cual Él murió en la cruz y resucitó. Vivir intensamente nuestra vocación no significa vivirla a la perfección, como “*santo subito*”, sino vivirla con verdad, incluida la verdad de nuestra fragilidad y de nuestro pecado. Cuando el alma —es decir, el corazón, el yo— se encuentra con Cristo y halla descanso en Él, un descanso que inunda de sentido y paz toda la vida y cada aspecto de la vida, ve que ese “*Te Deus —Te, oh Dios—*” que la colma en su plenitud es un abrazo, una pertenencia, de dimensiones sorprendentes.

El abrazo es la forma que adopta la caridad de Dios hacia nosotros. Un abrazo de dimensiones sorprendentes, sorprendentes precisamente por abarcar toda la vida. Uno deseaba una plenitud que le liberara de las pruebas, de la enfermedad, del cansancio, de las miserias, de las hostilidades, de las antipatías, del aburrimiento; una plenitud, por tanto, que le permitiera escapar de todo esto, dejarlo atrás, y he aquí que, en la experiencia de esa plenitud, todo queda comprendido, todo es abrazado; es decir, encuentra su plenitud en la pertenencia al Señor. Sobre todo, todas las relaciones quedan abarcadas, incluso las más negativas, agotadoras y odiosas; incluso aquellas en las que nosotros mismos somos negativos, agotadores y odiosos. Y nos damos cuenta de que es precisamente esto lo que necesitábamos: esta caridad, esta caridad de Dios que se hace nuestra en su abrazo. Descubrimos que no necesitábamos huir de nada, sino encontrar el abrazo lo suficientemente amplio, lo suficientemente dilatado, lo suficientemente magnífico, lo suficientemente *magnificante*, para abrazarlo todo y a todos, todo en nosotros y todo en todos. Necesitábamos una dilatación del corazón, una capacidad de magnificar, literalmente: de hacer grande, algo que nuestra alma deseaba pero que no podía darse a sí misma. La sorpresa es que, al ser abrazada por Dios y al abrazar a Dios, el alma abraza todo y a todos. Pero es capaz de ello porque aprende este abrazo universal al dejarse abrazar por el Señor.

¿Cómo aprende un niño a dar un abrazo? Dejándose abrazar por su madre y su padre. Siempre me hace sonreír ver a niños muy pequeños que quieren abrazar a otro niño. Se nota que el gesto aún no es decidido, mesurado ni proporcionado. No saben dónde poner las manos, dónde poner la cabeza, si deben abrazar con fuerza o con suavidad. Practican con torpeza una experiencia de la que son objeto, que viven a la perfección cuando son abrazados por sus padres, abuelos o hermanos mayores. Siempre tengo en la mente la imagen de un adolescente con el que me encontré en medio de una zona rural pobre de Eritrea. Debía de tener unos doce años. Llevaba en brazos a su hermanito, de unos tres años, y lo hacía con una ternura, un amor y un orgullo ante los que me dije: “¡Ah, si en nuestras comunidades supiéramos amarnos así, abrazarnos así, si tuviéramos este cuidado tierno y maduro los unos por los otros!”.

Decía que un niño vive de forma perfecta el abrazo de sus padres. El abrazo de una madre a su hijo, desde el primer día, es siempre perfecto, humanamente perfecto, no le falta nada, tiene una naturalidad absoluta. Así pues, el niño intuye que está llamado a corresponder a esa experiencia, a hacerla suya, porque, naturalmente, quiere ser como su madre, como su padre; intuye que su crecimiento debe seguir las huellas de esa pertenencia y, por tanto, del abrazo que la expresa. Pero cuando empieza a abrazar a los demás niños, se nota cierta torpeza: hace gestos inadecuados, le mete un dedito en el ojo al otro niño, o lo aprieta demasiado y le hace daño, o choca con la cabeza contra la del otro, o con la naricita contra la del otro. Por un lado, vacila y, al mismo tiempo, es demasiado impetuoso. En definitiva, necesita practicar hasta asimilar un gesto, una relación, una forma de relacionarse que ya lo constituye de manera pasiva, que ya es plenitud pasiva de su ser, para que se convierta en su rostro, su gesto, su relación con los demás.

Esto se aplica a todo nuestro crecimiento humano, espiritual y vocacional: es necesario que aquello que nos constituye de forma pasiva y objetiva, aquello que recibimos gratuitamente, se convierta en la constitución activa y subjetiva de nuestra persona. Es sobre todo necesario que el gesto con el que Dios nos moldea se convierta en la forma libre de nuestra expresión personal. En palabras más claras, es necesario que la mirada amorosa de Dios sobre nosotros, esa mirada que nos crea, que nos moldea, que nos dona la existencia en cada instante y para la eternidad, se convierta en la mirada amorosa de nuestro corazón hacia Dios y hacia los demás. El hombre encuentra la verdad de sí mismo cuando alza la mirada hacia la mirada del Señor, para descubrirse amado y perdonado, y llamado a amar a Dios y a perdonar al prójimo. Porque, al contemplar la mirada bondadosa del Padre, cada uno de nosotros no solo ve que es amado y perdonado, sino que Dios ama y perdona a todos los hombres. No se puede levantar la mirada hacia el rostro de Dios sin sentirse llamado a amar a todos con su mismo amor. Es el instrumento de las buenas obras del capítulo 4 de la Regla de San Benito que, si lo observáramos de verdad, cambiaría el mundo: “Orar por los enemigos en el amor de Cristo” (RB 4,72).